

Trasponiendo fronteras. Bolivian@s en La Plata

Adriana Archenti
y Marcela Tomás

Adriana Archenti, Titular de
Antropología social y cultural.
Docentes investigadoras de la
Facultad de Periodismo y
Comunicación Social de la
UNLP

¹ Entendemos en este contexto “matriz cultural” en el sentido especificado por I. Moreno, que la describe como un sistema estructurante no armónico, con contradicciones y desajustes, que funciona en cada individuo como base de su identidad. Los ejes en torno a los cuales se organizarían las diversas matrices estarían constituidos, según este autor, por la pertenencia étnica, el género sexual y la clase o profesión.

Presentación

El presente artículo se inscribe en una serie de trabajos que venimos realizando en el área periurbana de producción hortícola de la ciudad de La Plata. Teniendo como universo de estudio inmigrantes asociados a dicho hábitat socio-laboral, en ellos abordamos aspectos de la inserción local de los mismos -en especial con respecto al caso boliviano- desde distintos ejes analíticos como son la adscripción étnica, el trabajo, el género, la participación institucional, la construcción mediática de la otredad por parte de los medios de comunicación locales, el uso de medios desde los propios migrantes. En este contexto nos referiremos a algunos conceptos que guían nuestra reflexión y expondremos resultados del trabajo de campo referidos a las dimensiones de trabajo, etnicidad y género.

Aproximación conceptual

En nuestros trabajos partimos de la idea de que en toda sociedad se presentan relaciones de interculturalidad, entendiendo a esta en términos de coexistencia de diversas subculturas: de nacionalidad, de etnia, de clase social, de género, en un plano de asimetría estructural donde intervienen principios diferenciadores / jerarquizadores. En tanto

concepto, la interculturalidad posibilita visualizar el modo en que diversos grupos sociales elaboran intercambios, transacciones y negociaciones de sus diferencias en un marco de desigualdad. Los grupos así delimitados interactúan en un contexto dinámico que se actualiza, define y redefine en el transcurso de relaciones que entre otras variables implican dependencia, sumisión, exclusión o discriminación.

Consideramos que quienes migran comparten, además de la experiencia migratoria, pautas culturales de su lugar de origen que constituyen una matriz¹, la cual, al ponerse en acto en la relación con agentes de la sociedad receptora, actualiza diferencias entonces potencialmente disponibles para su utilización en la construcción de modelos y estereotipos presentes en la relación entre propios y extraños. A la vez, se produce un proceso de apropiación de valores y prácticas de la sociedad receptora, los cuales son seleccionados -entre otras cosas- para permitir la comunicación y el fluir de la cotidianidad.

Nuestra intención es poner en foco la disrupción de la dimensión cultural -y su continuo trabajo de demarcación- en las relaciones entre colectivos que se autoperiben y perciben a los otros como diferentes en una gama de sentidos que abarcan el fenotipo, la vestimenta, los hábitos corporales, higiénicos, alimenticios, las conductas kinésicas, el uso varietal del lenguaje, el consumo “necesario” o “dispendioso”, las concepciones espacio-temporales, la relación con el trabajo.

En un terreno de disputa simbólica, la cultura -verbalizada en cuanto dimensión estática- es apelada como categoría explicativa por parte de los propios sujetos en el sentido de dar cuenta de esas diferencias que agrupan y distinguen en términos de causalidad.

La diversidad cultural, pero además los sentidos atribuidos a las variaciones fenotípicas, son entonces un insumo para la construcción de relaciones entre colectivos, una materia prima que es proce-

sada con medios simbólicos que desglosamos analíticamente en pasos no necesariamente sucesivos, que involucran la percepción-comparación-identificación/atribución- generalización, jerarquización; y que permea de maneras más o menos explícitamente conflictivas las relaciones entre los sujetos sociales.

Entendemos, en coincidencia con Laclau (1993) que “lo social no es tan sólo el infinito juego de las diferencias. Es también el intento de limitar este juego, de domesticar la infinitud, de abarcarla dentro de la finitud de un orden. Pero este orden -o estructura- ya no presenta la forma de una esencia subyacente de lo social; es, por el contrario, el intento de actuar sobre lo ‘social’”.

Es en esa tensión entre diferencia y domesticación donde se despliega el campo procesual de las identificaciones sociales: “la identidad social y la subjetividad son siempre precarias y provisionales, contradictorias y en proceso (...). No obstante esta precariedad, en una sociedad y una época determinadas, tales identidades suelen cristalizarse en sistemas clasificatorios que, para los actores que los encarnan, tienen la apariencia de ‘cosa dada’ y evidente”. (Vila, Pablo, 1993: 1 y 2. Citado en Caggiano, S., 1992).

La noción de *estereotipo* contribuye a pensar cómo esos sistemas clasificatorios cristalizados sobre los otros sirven para frenar la potencial indeterminación de criterios de categorización en sociedades pluriculturales con afluencia continua de inmigrantes de distinto origen. En situaciones percibidas como de amenaza de identidades grupales, los estereotipos organizan la deriva de significados apuntalando lo propio y congelando lo ajeno. Constituyen además estrategias de conocimiento y auto-reconocimiento, funcionando como guías para la acción y la interacción. De este modo, la construcción identitaria pivotea, ora produciendo una visión monolítica y estática del “otro” que concluye en una auto imagen en tanto grupo homogéneo y cohesio-

nado, ora difuminando esa construcción en una flexibilización, cambio y recombinación de los rasgos seleccionados –de acuerdo al contexto sociohistórico de relaciones efectivas- cuyo resultado alquímico es nuevamente “esencia” transitoria.

En otros términos, al conceptualizar las identidades como construcciones sociales, asumimos que están sometidas a transformación, “existiendo” de manera inconclusa a lo largo del devenir histórico. La condensación situada en determinados referentes y la intervención de factores estructurales -a modo de conjunto de presiones, constricciones y posibilidades- (cfr. Williams, R., 1980) nos permite sin embargo aprehender principios de organización que describen de manera tendencial las características de una identidad puesta en foco en un contexto determinado, de modo de “fijar” parcialmente a los fines del análisis un cotinuum de variaciones posibles.

En términos de G. Giménez (1994), el proceso de construcción de identidades estaría regido por dos principios: Por una parte, la *diferenciación*, proceso lógico mediante el cual los individuos y grupos se autoidentifican por la afirmación de su diferencia con respecto a otros individuos o grupos, permitiendo establecer una diferencia entre sí mismo y el otro. El modus operandi consiste en agrupar de una manera específica un conjunto de rasgos -consensuados por los sujetos que sostienen una identidad determinada- reconocidos como comunes a todos ellos y diferentes –al menos en parte- a los de otras identidades grupales. Para que estos rasgos sean susceptibles de ser utilizados como marcadores de las fronteras del endogrupo, es necesario que sean perceptibles para los individuos.

De modo que un aspecto del proceso puede especificarse a partir de una toma de conciencia de las “diferencias” expresadas en el lenguaje y en el sistema simbólico- del grupo y de los individuos que lo conforman- y se encuentra articulado con reglas de comportamiento, códigos y roles sociales, distin-

guiendo contrastivamente las relaciones tanto a nivel del endogrupo como hacia el afuera.

El otro principio -de manera paralela y complementaria al arriba desarrollado- es el de la *integración unitaria o reducción de las diferencias*, que actúa conteniendo la variabilidad bajo un principio unificador, el cual integra a la vez que neutraliza, encubre y fomenta el olvido de las diferencias al interior del grupo².

Estos principios no operan en el vacío, sino en el marco de una estructura social (en los términos precedentemente especificados), lo que equivale a decir que se vuelve imprescindible, cuando analizamos las identidades sociales, considerar las posiciones diferenciales ocupadas por los sujetos involucrados y su percepción de dicha situación.

La arriba desarrollada visión relacional de la identidad es asimismo aplicable a nuestra concepción de la etnicidad, cuyos antecedentes pueden rastrearse a los trabajos de M. Weber sobre comunidades étnicas. El autor abordó el estudio de las mismas desde el punto de vista de la "comunidad subjetivamente sentida", asociando el sentimiento étnico a la percepción del "honor social". Así, Weber definía a los "grupos étnicos" como: "... aquellos grupos humanos que fundándose en la semejanza del hábito exterior y de las costumbres, o de ambos a la vez, o en recuerdos de colonización y migración, abrigan una creencia subjetiva en una procedencia común" (Weber, M, 1979: 319). Tomando distancia de las versiones más biologicistas apoyadas en la "raza", Weber enfatiza el análisis de la etnicidad haciendo referencia al sentimiento o conciencia de diferencia, pudiendo proceder esta tanto de una disposición como de una tradición.

Los sociólogos de la Escuela de Chicago, por otra parte, fueron los primeros en plantear la superación de las explicaciones de fenómenos como el racismo o los prejuicios étnicos en términos de componentes "esenciales" de las razas, contextualizando a los mismos en el estudio de las relaciones

y contactos concretos entre grupos definidos como étnicamente diferentes. Se traslada así el énfasis de la raza a la cultura. Debemos destacar, no obstante, que en trabajos como los de Park, el desplazamiento analítico a las situaciones de interacción no supone un abandono de los componentes subjetivos de la relación. Antes bien, el autor subraya la importancia de no disociar el análisis del conflicto étnico de las relaciones concretas entre grupos y la manera en que las mismas son vividas por los sujetos implicados. Esta visión relacional de la etnicidad puede compararse a aquella sostenida por Barth en Europa. La teoría de Barth acerca de la organización social de las diferencias culturales, enfatiza de manera similar sobre el principio de auto-adscripción o la adscripción por otros como fuerzas motrices de esa organización. Es central al pensamiento del autor la idea de que las fronteras o límites de la etnicidad son construcciones imaginadas y en redefinición constante según las posiciones adoptadas efectiva o potencialmente por los actores en las situaciones de encuentro. Concordando en términos generales con estas aproximaciones que rescatan los componentes afectivos y cognitivos en la conceptualización de lo "étnico", debemos destacar asimismo los marcos estructurales de relaciones de poder históricamente determinadas en los cuales esas significaciones subjetivas son producidas. En efecto, los grupos sociales, en cualquier forma de organización social, son grupos cultural, social e ideológicamente identificados con unos intereses en común, constituidos a su vez por subgrupos con intereses distintos a los del primer nivel. En coincidencia con Elías (1997), entendemos que el diferencial de poder no puede ser explicado atendiendo únicamente a posesión o desposesión material, ignorando el lugar de las representaciones subjetivas y las formas de conciencia, ya que en ese caso, por ejemplo, un mecanismo psico-sociológico interviniendo en las relaciones étnicas tan importante como la estigmatización, quedaría pobremente expli-

² No debe olvidarse que, de hecho, un sujeto pertenece simultáneamente a varios sistemas clasificatorios -según el referente sea etnia, sexo, edad, clase, religión, etc- que de acuerdo al contexto se actualizan priorizando uno u otro eje.

cado si no se preocupara por “examinar de cerca la idea que una persona se hace de la posición de su grupo entre los otros y, por lo tanto, de su propia posición dentro de ese grupo” (Elías, 1997: 38).

Migración, trabajo y etnicidad

Trascendiendo los intereses académicos, la década de 1990 llevó la temática de las migraciones a un nivel de interés en la opinión pública y preocupación en los gobiernos sólo comparable a los primeros años del siglo XX. Esta irrupción del tema en los más altos niveles de discusión nacional e internacional no sólo se ha dado en los países tradicionalmente inmigratorios, sino que se ha generalizado también entre los países de emigración (Cfr. Lipszic, C. Et Al, 2001).

A comienzos del siglo pasado las migraciones eran vistas como asociadas al desarrollo exponencial del continente americano. La existencia de prejuicios anti-inmigratorios por parte de algunos sectores de las sociedades receptoras era eclipsada por la visión del aporte positivo del migrante a la economía y cultura de dichas sociedades.

En estos momentos, el discurso sobre las migraciones las vincula al traslado de situaciones de pobreza antes que a una variable fundamental para el desarrollo, poniendo en evidencia los obstáculos a la construcción de ciudadanía. Esa tensión se pone en acto, por ejemplo, en los problemas de los migrantes para encontrar empleos dignos y en las consecuencias de la búsqueda de empleo en contextos de discriminación, en tanto los locales erigen barreras contra ellos expresadas en sentimientos de xenofobia frente a lo que conceptualizan como una invasión. Al interior de los propios grupos subalternos, se registra una situación de conflictividad cuando al rechazo por ser diferente se le une el rechazo por pertenecer al mismo sector socio-económico. A estos fenómenos pueden sumárseles la pérdida de la condición ciudadana del migrante, la

reducción de sus derechos, la estigmatización, una preferencia a migrantes provenientes de ciertos países en relación con otros y las identificaciones simplificadoras de las cuales son objeto.

De modo que a las asimetrías en el plano económico se les suma un doble handicap en los planos social y cultural, en especial cuando la situación laboral en los países de recepción está configurada por situaciones de precariedad e inseguridad para los propios trabajadores nacionales.

El contexto de inestabilidad laboral y altos niveles de desocupación que atraviesan algunos países de nuestra región en la actualidad contribuye a reforzar un rechazo frente a extranjeros que se perciben como amenazadores de fuentes de trabajo, si bien diversos estudios empíricos han demostrado que en la práctica los extranjeros no amenazan efectivamente los empleos de los nacionales (Cfr. Maguid, 1995, 1997; Fuld, 1997; Lattes, 1996).

En la Argentina, los flujos de migración boliviana comienzan a cobrar importancia a partir de la guerra del Chaco, que enfrenta a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Desde entonces y hasta mediados de la década del 60, las provincias limítrofes, en particular, las producciones extractivas tropicales –la caña de azúcar de Salta y Jujuy– que en ellas se desarrollan, constituyen las principales áreas receptoras de mano de obra estacional proveniente de Bolivia.

Al promediar los años sesenta y en respuesta a los cambios sobrevinidos en los ingenios azucareros luego de la caída de los precios del azúcar y la mecanización de los trabajos de recolección de la caña, las migraciones temporales de mano de obra limítrofe fueron paulatinamente suplantadas por migraciones hacia los grandes centros urbanos –Córdoba, Mendoza, Rosario, Mar del Plata, Buenos Aires, La Plata– siguiendo por una parte el itinerario de cultivos estacionales y reorientándose por otra en forma creciente hacia nuevas actividades, en especial el sector de la construcción.

A partir de 1980, la sociedad boliviana enfrenta una de las más agudas crisis en el plano económico, social y político. La acelerada caída de los índices de crecimiento de las principales actividades productivas configuran progresivamente una situación generalizada de estancamiento de la economía. Este proceso resulta de una combinación de diversos factores –internos y externos– tales como la recesión internacional, la caída de los precios de las materias primas, la deuda externa y la hiperinflación.

Se agregan a estos factores las sequías prolongadas, especialmente virulentas a partir de 1983, que generan una reducción de la superficie cultivable y una economía campesina fuertemente dependiente del mercado, -que favorecen a su vez un abandono paulatino de las prácticas tradicionales de rotación, asociación de cultivos, abono y descanso de los suelos (Ledo García, 1996, citado en López Gareri, 1999).

En nuestro país, los cambios económicos producidos en las economías regionales a partir de los 80, en estrecha relación con el mercado laboral, profundizan la modificación en las trayectorias migratorias y aparecen nuevos escenarios de inserción laboral. Así, el mediero boliviano resulta la mano de obra preferida en las quintas de los cinturones verdes de las grandes ciudades y en el sector de la construcción. Su participación sigue encuadrándose mayoritariamente en la categoría de migrantes de baja calificación laboral, con inserción precaria en el mercado de trabajo determinada además por la alta condición de ilegalidad. (Cfr. Benencia y Gazzotti, 1995; Archenti y Tomás, 2001).

Para el caso específico de nuestra área de estudio, el cinturón hortícola platense, a partir de los 60 comienza a registrarse el arribo estacional al área de trabajadores de origen boliviano que se incorporan al mercado de trabajo hortícola acompañando el circuito migratorio nacional. En la década de 1980 la presencia de estos trabajadores es significativa. Entre los antecedentes para dicha incorporación

podemos mencionar las modificaciones en las estrategias de producción y las formas de organización del trabajo que se encuentran relacionadas con la difusión y adopción generalizada de semillas híbridas y agroquímicos y los cambios en las formas de comercialización implicados por la creación del Mercado Central de Buenos Aires. Todos estos factores incidieron en el surgimiento de una demanda creciente de mano de obra en el sector. Demanda que se tradujo en la incorporación de bolivianos y una tendencia al reemplazo de trabajadores provenientes de provincias argentinas por los anteriores, sobre todo en la inserción de mediería. (Un desarrollo exhaustivo del concepto de mediería y sus modalidades en la zona, puede encontrarse en: Ringuet, R. y Otros, 1990; 1991; 1993; 1996).

En base a nuestro trabajo de campo hemos llegado a una serie de caracterizaciones con respecto a la inserción de los migrantes bolivianos en el mercado laboral rural-hortícola, sus relaciones con la sociedad receptora y los procesos de identificación hacia y desde el grupo.

Inspirándonos en la categoría de *segmentación étnica* del mercado de trabajo que desarrollara E. Wolf³ (1993), identificamos como uno de los factores que operan en el proceso de diferenciación al interior del mercado de trabajo hortícola -en el contexto de relaciones imperante al momento de incorporación de los migrantes- la percepción y el recurso, también diferenciales, al “equipamiento” cultural que cada grupo trae consigo -quedando expuesta así la articulación con la dimensión simbólica relacional a la que apeláramos al inicio de este trabajo cuando desarrollamos la noción de interculturalidad-, y su incidencia en las estrategias efectivas de inserción y de recepción. En los términos de este autor, lo significativo sería la posición en que el migrante se sitúa en relación con otros grupos, es decir, su posición en el sistema total de relaciones implicadas en un mercado de trabajo particular, en un momento histórico específico; y por lo tanto es-

³ En el sentido desarrollado por este autor cuando se refiere a las “sociedades plurales” -que ejemplifica con las plantaciones- en las cuales coexisten trabajadores “tomados” en distintas poblaciones; el capitalismo, al mismo tiempo que re-crea la relación básica entre capital y fuerza de trabajo, realiza lo propio con la heterogeneidad de la fuerza de trabajo producida. Es decir que la heterogeneidad sería, al mismo tiempo que en gran manera un producto, una condición necesaria al sistema. El capital hace esto de dos maneras: ordenando a los grupos y categorías de trabajadores en forma jerárquica y creando y re-creando continuamente en un nivel simbólico profundas distinciones “culturales” entre los mismos.

ta posición intervendría sobre la selección de recursos previos disponibles para su actualización en el nuevo contexto y la adquisición de otros considerados necesarios. Esta interacción dinámica de historia vivida y contexto produciría la puesta en acto específica de capacidades o "cualidades" diferenciales susceptibles de valoración –tanto positiva como negativa- por parte del conjunto de actores intervinientes según su situacionalidad en el sistema, que funcionan a la vez como estrategias de inserción de los distintos grupos interactuantes en el mercado de trabajo, y como categorías clasificatorias de los mismos al interior de la sociedad receptora.

Con respecto a nuestro referente empírico, en el discurso de los diversos actores asociados a la producción, aparece una representación más o menos unificada del sector hortícola de La Plata como compuesto por una serie de conjuntos, definidos en términos que hacen alusión a pertenencias étnico-nacionales: italianos-criollos-bolivianos y otros. Más allá de la coincidencia empírica, cada uno de estos grupos es ubicado en un determinado lugar en el proceso de producción y trabajo. A su vez, cada uno de los grupos es definido como siendo portador de ciertas características inherentes, que se asocian al desempeño del trabajo o al lugar ocupado en la cadena laboral.

En principio, la categoría "boliviano" uniformiza a todos los migrantes provenientes de diferentes regiones de Bolivia, así como también a algunos argentinos oriundos de las provincias del norte. Esta ambigüedad es utilizada en la presentación de la propia persona que muchos bolivianos despliegan en distintas circunstancias, apareciendo ora como tales, ora como jujeños o salteños, ora como tarijeños, potosinos, aborígenes, miembros de sus comunidades, regiones, pagos chicos; en una manipulación dinámica de la propia identidad que responde a las condiciones objetivas del encuentro o la situación.

Cuando los productores locales realizan una caracterización de trabajadores bolivianos aluden a la

ambición y a la claridad para perseguir intereses a costa de circunstancias y sacrificios. La valoración de las mismas es ambivalente –positiva o negativa- según se lo esté definiendo implícitamente en la categoría de "socio" o de "empleado". En el primer caso se remarca su utilidad para "empujar" al propietario en busca de mayores ganancias. En el segundo esta cualidad, desplegada en el sentido de una lógica de búsqueda del propio beneficio, actuaría en detrimento de la generación de una relación de "confianza", basada en la fidelidad, el respeto y la permanencia.

En el contexto local, la marcada preferencia actual por los trabajadores bolivianos para funciones de mediería, se encuentra asociada a la atribución de determinadas características, algunas de las cuales desarrolláramos arriba. Las mismas se relacionan por una parte con la asignación de actitudes que se alinearían con las de la administración central de la explotación. Desde la perspectiva de los productores, esto estaría representado en la definición del mediero como un "socio", lo que conduciría a una comunidad de intereses que, en un sentido, anula el carácter asimétrico de la relación remarcado en otros casos. Esta imagen no es ajena a la consideración de la baja conflictividad de los trabajadores bolivianos frente a los criollos en relación a las condiciones de trabajo, cuestión que obvia la precariedad de su inserción laboral.

Por otra parte, se valoran –en una forma de prejuicio positivo- ciertas condiciones de resistencia física ante las condiciones climáticas en que se desarrolla el trabajo, su dureza y continuidad, unidas a la capacidad de subsistir privándose de los consumos definidos localmente como los más elementales, las cuales son explicadas en una "bio-lógica" que articula –de manera asimétrica- las necesidades productivas y reproductivas de empresarios y trabajadores.

Los bolivianos perciben muy claramente la necesidad de manejar ciertos núcleos significativos bási-

cos -la cuestión de la lengua aquí es fundamental- para su inserción laboral y social básica en el país. En nuestros entrevistados aparece reiteradamente la apelación a una sensación de “miedo” en situaciones de comunicación con locales ante la posibilidad de “no expresarse correctamente” o “no ser entendidos”. A su vez, miembros de la sociedad local en interacción cotidiana con bolivianos (productores, técnicos, feriantes, maestras, directivas de escuelas) manifiestan que los mismos “no hablan”, “no se expresan correctamente”, “no se les entiende”. La posibilidad de manejo de códigos lingüísticos e interaccionales constituye un capital simbólico crucial a la hora de negociar los lugares sociales. Este también es un dato no menor de la firme necesidad de escolarización que los propios migrantes expresan al ser requeridos con respecto al proyecto de vida para sus hijos. Otro dato significativo en relación a la comunicación verbal es el bilingüismo de muchos migrantes y el cambio en el uso de la lengua que se produce a consecuencia de la migración. Nuestros registros indican que, al vivir en Bolivia, sobre todo –aunque no exclusivamente- en zonas rurales, el idioma mayormente utilizado era el quechua. Al migrar, en principio queda relegado a la esfera doméstica, pero al tener hijos se prefiere dejar de hablar aludiendo de forma indirecta o explícita a la mayor posibilidad de discriminación que implica la identificación como boliviano por la lengua. En este proceso podemos registrar dos fenómenos que exponen la relación asimétrica entre migrantes y sociedad receptora estructurados fundamentalmente en el principio de identificación étnica: De una parte, el control sobre la forma de expresión de los primeros en un frente de presentación de la persona en la cotidianeidad que lleva a nivel de lo conciente la diferenciación nosotros/ellos en uno de los aspectos más naturalizados de la cultura como lo es el lenguaje; simultáneamente la “vigilancia” que desde la sociedad receptora se ejerce sobre lo diferente –manifestada por ejemplo

en la ridiculización o burla respecto del “acento boliviano”- y concomitantemente la imposición de una manera correcta de hablar que propone como condición de la inclusión el despojo de ciertos bienes culturales vis a vis la incorporación de otros, esto es, una asimilación que conlleva la dilución de diferencias para reinstalarlas en otros rasgos cuya alteración es menos probable, como por ejemplo el fenotipo. Por parte de los bolivianos se transmite así a la generación posterior una sensación de “vergüenza” por los orígenes y de asimetría en la posición de los progenitores en la sociedad receptora. No obstante, es necesario mencionar que esta situación es variable al interior del colectivo, dado que quienes se encuentran en posiciones más favorables dentro del sistema social transforman el “estigma” en “emblema”, recurriendo al idioma de origen como política de identidad (cfr. Archenti y Tomás, 2001).

Es preciso señalar que si estos procesos de etiquetamiento producen una “homogeneización” del colectivo atenuando las auto-identificaciones regionales, estas no desaparecen simplemente, sino que se recrean en contextos situacionales específicos, como cuando se apela a una menor distancia sociocultural entre ciertas zonas de Bolivia y Argentina que compartirían tanto rasgos culturales como fenotípicos –por ejemplo la música y el color de la piel- o desde ciertos sectores que intentan una construcción de identidad utilizando estratégicamente la diversidad cultural de Bolivia como herramienta política para reivindicar la legitimidad y el derecho a la diferencia que reclaman a una sociedad que se piensa como multicultural desde su conformación.

Retomando lo planteado con respecto al concepto de segmentación étnica, es en el marco del sistema de relaciones presentes en un mercado de trabajo y en cierto momento histórico de una sociedad concreta que se configuran y adquieren relevancia por un lado la puesta en foco de ciertas

“particularidades” y por otro, la asignación de las mismas en tanto atributos que, en el caso que analizamos, aparecen definiendo colectivos referidos como pertenencias étnico-nacionales.

Migración y género: el caso de las mujeres bolivianas

Frente al desarrollo de trabajos (tal por ejemplo en México, EE.UU. y España) que focalizan la perspectiva de género femenino en la migración, esta faceta del fenómeno ha sido escasamente abordada en nuestro país. El conocimiento sobre la cuestión de género en las migraciones continúa siendo limitado, apareciendo esta categoría como “natural” en muchos trabajos.

Si atendemos a la necesidad de contribuir desde la investigación empírica al registro de la diferencialidad al interior de procesos sociales de magnitud e importancia crucial en la actualidad, tal como la migración, no se puede dejar de señalar la doble estigmatización a la que suelen verse sometidas las migrantes en las sociedades receptoras: a la discriminación potencial devenida de su condición de inmigrante se debe añadir aquella también potencialmente asociada al género. Este fenómeno constituye un elemento ineludible al momento de analizar la especificidad de la experiencia de las mujeres en la migración y contribuir al diseño de políticas que atiendan a la multidimensionalidad contenida en los movimientos de población.

La determinación de emigrar obedece a una variedad de circunstancias, primordialmente la falta de opciones laborales satisfactorias. En la mayoría de los casos, las decisiones son tomadas por la familia, dado que la migración se asume como un proyecto familiar, el cual sigue estrategias familiares específicas, estén estas referidas a sobrevivencia, prestigio o alternativas para mejorar las condiciones de vida.

Las nuevas migraciones, de manera diversa a las de siglos anteriores, presentan la característica de la

feminización (Cfr. Lipszyc Et Al, 2001). Las mujeres son una creciente mayoría dentro de los migrantes. A su vez, la relación entre la inmigración y las mujeres debe entenderse en el marco de un proceso de feminización de la pobreza. Las mujeres siempre han sido componente de los movimientos migratorios, pero en la actualidad se desplazan hacia todas las regiones y forman parte de todos los tipos de flujos migratorios (campo-ciudad, sur-norte, etc.).

Las actuales modalidades de migración incorporan la movilidad de mujeres solas o acompañadas de su familia, cuando son ellas las que ocupan el rol de jefa de familia o jefa de hogar, habida cuenta que, según datos de las Naciones Unidas, en América Latina las mismas conforman la franja estimada entre el 20 % y el 40 % de “mujeres jefas de hogar”. (Cfr. Población, Equidad y Transformación Productiva – Naciones Unidas). El ejemplo más significativo de este tipo de inmigración de mujeres que han ingresado solas a la Argentina, es el de las peruanas, aunque también se produce el mismo fenómeno en una considerable cantidad de mujeres bolivianas y paraguayas.

Independientemente de su magnitud, existe consenso de que los movimientos migratorios tienen un impacto diferente en hombres y en mujeres, especialmente cuando se realizan en condiciones de ilegalidad.

Diversos autores señalan que los resultados migratorios, las condiciones y la misma posibilidad de migrar están fuertemente asociados a los roles y posiciones de género. En el caso de la mujer, la capacidad y decisión de movilizarse se encuadra fundamentalmente en una lógica familiar, toda vez que su grado de responsabilidad con respecto al total del grupo es mayor en razón de los roles reproductivos asignados en cuanto a la protección y cuidado de los otros miembros de la unidad.

Asimismo se ha argumentado que la experiencia del proceso migratorio mismo actuaría en el sentido de posibilitar la transformación de pautas

culturales que conforman situaciones de asimetría e inequidad en los lugares de origen. Sin embargo, los resultados de trabajos empíricos no son concluyentes en este sentido, dado que en el proceso mencionado intervienen toda otra serie de variables, asociadas a las posiciones y disposiciones previas a la migración y a la forma concreta en que se produce la incorporación en la sociedad receptora.

Como hemos subrayado en un trabajo anterior (Archenti, 2003), Hugo (1999) correlaciona determinados factores con la potencial intervención de la migración en situaciones de mayor equidad de género: 1) que la migración no sea indocumentada; 2) que las mujeres trabajen fuera de la casa en el lugar de destino y en el sector formal; 3) que las mujeres hayan migrado por su cuenta y no como dependientes familiares y 4) que la migración sea de tipo permanente y no temporal.

Con respecto a estas consideraciones, los datos de nuestro trabajo de campo indican que las mujeres no han sido primer eslabón de la cadena migratoria, sino que se han trasladado como parte de una estrategia de reunificación familiar y/o ampliación de recursos -como es el caso de la lógica del trabajo de mediería-. En este sentido, la inserción local utiliza en principio el recurso que posibilita la inclusión previa de familiares en la sociedad y el mercado de trabajo del país receptor. Debemos además considerar que, en el transcurso de la carrera migratoria, se agregan trabajos eventuales en talleres de costura, servicio doméstico, comercio. En cuanto al carácter "legal" o "ilegal" de la residencia, cabe mencionar que al interior de un universo predominantemente indocumentado hemos registrado que la tramitación de la documentación privilegia a los hombres y los niños en una racionalidad que considera la ocupación de los primeros y la escolarización de los segundos. Hasta el momento de nuestra indagación, la intervención de los roles de género en la decisión de migrar aparece fuertemente pautada tanto por los hombres como por la fa-

milia ampliada. Nuestras entrevistadas han migrado siguiendo a maridos, hermanos, primos, tíos. En cuanto a la probabilidad de que el propio proceso migratorio contribuya a la modificación de dichos roles, con la posibilidad de transformar pautas culturales de inequidad en las relaciones hombre-mujer, habida cuenta de la anteriormente nombrada intervención de otros factores, encontramos, con respecto a las condiciones enumeradas por Hugo:

1- Los casos de indocumentación superan ampliamente a aquellos de residencia legal.

2- Nuestras entrevistadas han realizado tareas diversas en su permanencia en la Argentina, todas ellas en el sector informal. La inserción laboral más frecuente y continua, sin embargo, es aquella de la producción hortícola, que comparte la doble condición de estar invisibilizada en el contrato de mediería y ser recuperada discursivamente tanto por hombres como por mujeres en términos de "ayuda", cuestión que favorece su minimización en las relaciones entre los géneros, contribuyendo potencialmente a un desequilibrio en la toma de decisiones. Esta apelación al trabajo como "ayuda" aparece como un principio de división sexual del trabajo, operando más al nivel de las representaciones que de la práctica concreta; dado que además de encargarse de la totalidad de tareas ligadas a la vida doméstica (compra y preparación de alimentos, aseo de la casa, mantenimiento de equipamiento, crianza y socialización de los niños), las mujeres realizan, a la par de los hombres, las labores de la quinta.

3- Tal como lo expresáramos arriba, y aunque esta cuestión está sujeta a extensión y profundización de nuestra indagación de campo, se prefirgan situaciones de dependencia familiar al menos en la etapa inicial de la migración.

4- En cuanto a la última condición expresada por Hugo, hemos encontrado los dos tipos de situaciones y sus combinaciones. En el caso de aquellas mujeres que han migrado más tempranamente (dé-

cadadas del 60 y 70), a un tipo de migración temporal asociada a tareas estacionales en el NOA, ha seguido una permanencia en la localidad precedida en casos por otras regiones del cinturón verde de ciudades argentinas. En migrantes más recientes (década del 80), encontramos una tendencia a la migración directa a esta región, seguida de permanencia y probablemente facilitada por la inserción previa y las redes de relaciones establecidas por los migrantes más antiguos.

Más allá de lo señalado arriba, consideramos necesario profundizar la indagación de la articulación entre las variables migración, género y trabajo dado que la información recabada hasta el momento deja algunos interrogantes referidos a variaciones contextuales de las actitudes de las mujeres que podrían asociarse con cambios en los hábitos o con la puesta en acto de recursos de género que no implican una ruptura con el equipamiento cultural. Nos referimos aquí específicamente a los casos de mujeres encargadas de la comercialización en puestos de venta en mercados, la cual traduce una amplia experiencia en el manejo pecuniario, destreza en el cálculo matemático, habilidades para lidiar con las reglas y rituales del mercadeo, entre los cuales el regateo, la puja y la negociación ocupan un lugar fundamental. Se abre como interrogante de investigación el indagar hasta qué punto estas capacidades y despliegues de agencia observados en el ámbito mencionado se replican en otros espacios de vida, están asociadas a la migración, configuran un factor de empoderamiento en las relaciones entre géneros, *yo* actualizan tradiciones andinas.

Bibliografía

-ARCHENTI, A. y RINGUELET, R. "Mundo de trabajo y mundo de vida: Migraciones, ocupación e identidad en el ámbito rural". En: *Papeles de trabajo*, publicación del Centro Interdisciplinario de Ciencias Etnolingüísticas y Antropológico-sociales de la UNR, Nº 6, noviembre, 1997.

-ARCHENTI, A. Y TOMÁS, M.M. "Identidades migrantes e

inserción local en un contexto subrural". Ponencia presentada al Congreso Nacional: "*Pobres y Pobreza en la Sociedad Argentina*". U.N.Q., CEIL, CONICET, 1997.

-ARCHENTI, A. Y TOMÁS, M.M. "Instituciones locales e identidades migrantes: Bolivianos en la zona hortícola de la Plata". Ponencia presentada a la III Reunión de Antropología del MERCOSUR. Posadas, Misiones, noviembre, 1999.

-ARCHENTI, A. Y TOMÁS, M.M. "Variaciones identitarias en contextos migrantes de la ciudad de La Plata". Ponencia presentada al VI Congreso Nacional de Antropología Social. Mar del Plata, Septiembre, 2000.

-ARCHENTI, A. Y TOMÁS, M.M. "Inmigrantes, trabajadores, bolivianos: ámbitos de relación comunicativa y representación de la diferencia". En: *Oficios Terrestres*, Año VII, Nº 8, Publicación de la Fac. de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, La Plata, 2001.

-ARCHENTI, Adriana. "La experiencia de la migración desde la perspectiva de mujeres migrantes de origen boliviano". En: *Anuario de Investigaciones 2003*. Fac. de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 2003.

-BARTH, F. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

-BENENCIA, R. Y GAZZOTTI, A. "Migración limítrofe y empleo: precisiones e interrogantes". En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Nº 31, Buenos Aires, 1995.

-BENENCIA, R. Y KARASIK, G. "Bolivianos en Buenos Aires: aspectos de su integración laboral y cultural". En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 9, Nº 27. Buenos Aires, 1994.

-CAGGIANO, Sergio, ¿Bolivianos? en dos ciudades ¿argentinas?. Identidades sociales en procesos migratorios contemporáneos, CLACSO, 2002.

-CALDERÓN, F. Y SZMUCKLER, A. "Aspectos culturales de las migraciones en el MERCOSUR". Documento de debate Nº 31, MOST-UNESCO, 1998.

-ELÍAS, N., *Logiques d'exclusion*. París, Fayard, 1997.

Fuld, R.G., "Los inmigrantes limítrofes, culpables de la desocupación en Argentina?". En: *Realidad Económica* Número 149, julio-agosto, 1997.

-GIMÉNEZ, G. "La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología" en: *III Coloquio Paul Kirchoff*, UNAM, México, 1994.

-LATTES, A Y BERTONCELLO, R. "Dinámica demográfica, migrantes limítrofes y actividad económica en Buenos Aires". Trabajo mimeografiado, 1996.

-LACLAU, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As, Nueva Visión, 1993.

-LIPSZYC, C. ET AL. Mujeres migrantes en la Argentina. Informe a la conferencia

- mundial de Naciones Unidas contra el racismo, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia, Sudáfrica, 2001.
- LÓPEZ CALERI, V. "Población boliviana en el cinturón verde de Córdoba: condiciones de vida e interacción con el medio natural". Ponencia presentada al Seminario General de la Red de Estudios de Población ALFAPOP, España, Bellaterra, 1999.
- MAGUID, A. "Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción e impacto en el mercado de trabajo", en: *Estudios del Trabajo*, Número 10, Buenos Aires, ASET, 1995.
- MAGUID A. (1997): "Migrantes limítrofes en el mercado de trabajo del área metropolitana de Buenos Aires. 1980-1996", CONICET-INDEC: trabajo mimeografiado.
- PARK, R. *Race and Culture*. Nueva York, Free Press, 1950.
- RINGUELET, R. et al. "Tiempo de medianero". En *Cuestiones Agrarias regionales*, N° 3, Estudios e Investigaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1991.
- VILA, PABLO. "Las disputas de sentido común en la frontera norte. El 'otro' en las narrativas de juarences y paceños", Ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México, 1993.
- WILLIAMS, R. *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Ed. Península, 1980.
- Wolf, E. *Europa y los pueblos sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.